

# Mediterránea



7

OCTUBRE ■ 1957

LETRAS Y ARTE

CORDOBA





Taco Original de Luis Saavedra

TORITO



# mediterránea

R. N. P. I. — N.º 523 - 125

ADMINISTRACION:  
AV. GENERAL PAZ — LOCAL 8 — T. E. 20779

REDACCION:  
URQUIZA 277 — T. E. 22260

DIRIGIDA POR:  
ALCIDES BALDOVIN

## NUESTRA RADIOTELEFONIA DAÑA AL PUEBLO

Incluso los tribunales en lo civil y comercial, han asignado a la radiotelefonía un papel importante como vehículo difusor de cultura, declarando inembargables a los receptores de uso familiar.

Los directivos de la actividad radial lo repiten hasta el cansancio en sus discursos, presentaciones de artistas y comunicados. Se ha hecho ya de este concepto un algo axiomático. Pero la verdad, como se verá a través de un rápido análisis, es muy otra.

Señalemos primero, aunque sea elemental, que cosa es un instrumento difusor de cultura: el medio, que estando al alcance de todo el pueblo se encuentra desprovisto de trabas, exento de círculos privativos y elites seleccionadoras, y por tanto, capacitado, para la emisión del pensamiento y el arte, de la auténtica cultura, de aquella que es clarificadora, orientadora y que dignifica el espíritu, jerarquizando la sensibilidad. Esta es la misión de la radiotelefonía, esta es la misión que no ha cumplido nunca, agravando su indolencia e incapacidad, con la gruesa deshonestidad de afirmar que la cumple.

Ya se ha dicho en muchas oportunidades la exígua diferencia que hay entre la corrupción corporal y la corrupción intelectual; no se ha dicho, todavía, la gran semejanza que existe entre esos siniestros personajes que trafican con cuerpos humanos y estos otros señores que trafican a cara descubierta con el gusto, el espíritu, la inteligencia del pueblo; en nuestro criterio el Código Penal debiera hacer escaso distingo entre unos y otros. Si la radio, simplemente, se limitase a no cumplir con su misión, estaríamos en la obligación de alentarla y, amistosamente, recordársela, pero es el caso que la radio no sólo omite difundir cultura, sino que pone todos sus recursos para difundir incultura.

Si comenta películas, se limita a batir palmas para congraciarse con exhibidores y productores, nunca fustiga a la mala película, a la auténticamente inmoral, y silencia, con culpable silencio, aquellas producciones dignas, capaces de marcar un buen camino. Con la actividad teatral sucede lo mismo y olvidan el profundo respeto que merece el creador, nivelando el sainetero con el dramaturgo, el cómico con el actor, el teatro en suma-escuela de vida y arte-con la vulgar parodia ramplona y sensiblera.

Ninguna de nuestras emisoras parece recordar que en nuestro país se editan libros, se traducen libros y se escriben libros.

El deporte, actividad arte popular, merece de parte de las radios lo que ellas suponen un trato preferencial, con tal motivo, los días de justas y pruebas deportivas se las ingenian para hacer de este tema un largo, vulgar y atormentador programa. También aquí se observa la influencia corruptora, sacar al deporte de su verdadera órbita de actividad tonificadora de los músculos y los nervios, limadora de asperezas, forjadora de espíritus templados, para convertirlo en la meta, motivo, justificación y destino de un pueblo, es envilecerlo y convertirlo en una bastarda actividad, negadora de los auténticos valores.

Después, tenemos el radioteatro, poco es lo que merece decirse sobre esto, es tan malo, tan anti-artístico, tan vulgar, que no creemos que haya ganado más adeptos que aquellas novelitas rosas con las que lloran las mínimas mujeres que se complacen en creer que sufren los dolores ajenos, sin advertir el drama que encierra la inutilidad de sus vidas.

Se les ha ocurrido también, «premiar el conocimiento y la erudición», burla terrible al auténtico estudioso, que por ninguna suma quería convertirse en número de destreza

Ramón Cordeiro

PORTADA, ILUSTRACIONES Y VIÑETAS SOBRE TACOS ORIGINALES DE LUIS SAAVEDRA Y C. ROJOS

# CONTRABANDO

Por RAMON AMAYA-AMADOR

El viento sopla con más fuerza poniendo en viva agitación las arboledas y los yerbales. Gruesas y pesadas gotas caían rompiendo hojas coléricamente. El vendaval se anunciaba con truenos y relámpagos en un cielo tan negro como conciencia de filibustero. Era tan imponente la fealdad de la noche hondureña, que su presencia en aquellos parajes fronterizos causaba espanto y hacía escondarse timoratos hasta los bichos más salvajes de los montes cimarrones.

Miguel "Mano-de-Angel" metido en su capote de hule pronunciaba blasfemias acurrucado entre las hierbas, tratando de preservar de la lluvia los proyectiles del rifle 30-30 y de su revólver 45. Sabía, por experiencia, que la vida de un hombre depende muchas veces del grado de humedad de los tiros de su revólver. Había visto morir a muchos en los campamentos bananeros y mineros por la falla de sus proyectiles. Por eso, Miguel "Mano-de-Angel" cuidada atentamente de los suyos, ahí entre los yerbales en esa noche. Se alejaba de los árboles porque también sabía la peligrosidad de pegarse a ellos cuando el cielo lanzaba sus fulminantes descargas eléctricas. Disgregados también entre los yerbales bajos, tenía sus cinco soldados que integraban su escolta; hombres de valor probado en los lances bravos contra los contrabandistas y bandoleros que tanto merodeaban por esa frontera y la costa atlántica del Caribe.

Miguel "Mano-de-Angel" dilataba sus pupilas en aquel violento y constante relampaguear sin perder de vista al camino real que resguardaban. Poco más allá, en el río turbulento, estaba la línea divisoria. La tormenta que venía a caer sobre ellos era horrible. Uno de los soldados le había sugerido la conveniencia de irse al poblado cercano camino de las minas de "El Mocho" mientras pasaba la tormenta, aquella fragorosa cólera de los elementos. Miguel, ladino conocedor de los contrabandistas, se opuso: noches así eran preferidas por los bandoleros del contrabando. Además, no podían haberle mentido las autoridades del otro lado de la frontera, al anunciarle que esa noche posiblemente pasaría "El Matrero", el más temerario contrabandista de toda la zona, con un cargamento de armas y licores destinados a las Minas. Capturarle el contrabando sería una proeza, pero bien sabía que a "El Matrero" no podía capturarlo de no ser muerto. Lo conocía muy bien.

Sí, Miguel lo conocía desde hacía muchos años. Incluso, en aquellos lejanos tiempos de jefe de pandilla en los campamentos bravos de las compañías bananeras; una vez habían bebido juntos en una noche "de pago". Los dos eran famosos como hombres de armas tomar y a él ya le apodaban "Mano-de-Angel" debido a su ligereza para desenfundar el revólver y hacerle predicar sermones fatales contra los hombres en las pendencias de las cantinas y casas de juego. Habían bebido juntos con "El Matrero" causando la inquietud entre los trabajadores, quienes esperaban de un momento a otro, el desafío personal entre los dos bandidos más famosos de la costa. El campo era muy estrecho para dos pistoleros como ellos. Pero no sucedió nada de lo temido y esperado. Hicieron sí, el tiroteo más intenso y la pelea más sangrienta, pero ambas pandillas contra una escolta militar que quiso importunarlos. "El Matrero" se había escapado con sus hombres mientras él, Miguel "Mano-de-Angel", era capturado agonizando con el pecho agujereado por las balas. Sólo así pudieron echarle mano y meterlo a una cárcel. La justicia le condenó a veinte años de prisión.

Aquello estaba lejos. Desde esa noche infausta no había visto a "El Matrero". Dos rumbos distintos habían seguido. El estuvo preso tres años y luego puesto en libertad por el gobierno de la dictadura "Azul". Su fama de hombre valiente, muy diestro para el revólver, fué su salvación. La dictadura que imponíase con violencia y terror contra el pueblo, necesitaba hombres de su temple, si escrupulosos para matar hombres y sin miedo para enfrentarse a los valientes. De jefe de pandilla de bandolero, pasó a jefe de escolta militar, autoridad, Comandante en un campo bananero donde había que aplastar la protesta y resistencia de los trabajadores a la explotación y tiranía. Ocho años más tarde la dictadura lo pasó a la frontera como Guarda. Desde allí, vigilaba a los trabajadores de las minas de "El Mocho" y perseguía los contrabandistas en la frontera. La misión le gustaba porque se exponía la vida.

Y ahí estaba ahora, espreando que les cayera la tormenta que venía del Caribe destrozando al mundo, y esperando a "El Matrero" que vendría con su contrabando. No podía decir cual de los dos esperados era más peligroso. Los recuerdos de aquella noche en que bebieron juntos le surgían patéticos en esos momentos cuando resbalaban por su capote las gruesas gotas de la lluvia en avanzadas de vendaval y se sucedían interminables los relámpagos y truenos. Sentía inquietud. La captura de "El Matrero" no sería empresa fácil y menos si traía buenos pandilleros. Sacó su reloj; a la luz de los machetazos de los rayos, vió la hora: las doce y media.

"Mano-de-Angel" sacó su cantimplora y bebió dos sorbos largos. Era aguardiente; fuego líquido en su garganta. Escupió chasqueando la lengua; tapó la cantimplora y se abrigó más, prosiguiendo en la espera.

Uno de los soldados se le aproximó; venía a pasos largos agachándose, doblando las hierbas con sus botas fuertes.

—¿Qué pasa? ¿Alguna novedad?

—Sí, mi Coronel; por el camino real vienen dos hombres. Pueden ser de los contrabandistas de "El Matrero".

—Hay que capturarlos.

Y él avanzó el primero tomando la iniciativa, pensando que había hecho bien al soportar el vendaval porque seguramente la noche sería provechosa; eran los noches de los contrabandistas. El viento seguía muy fuerte y la lluvia casi había cesado. Pareía como si la tormenta hubiera tomado otro rumbo. Sólo los relámpagos seguían iguales; flamígeros.

Por el camino venían dos hombres a pie. Avanzaban despacio por el lodo. Llevaban capotes y bajo ellos las maletas. "Mano-de-Angel" al observarles pensó: pueden ser transeuntes pacíficos. Sin embargo, cuando los hombres estuvieron casi al frente suyo sin sospechar su presencia, saltó desde las hierbas al camino apuntándoles con su 30-30, seguido de los soldados.

—¡Alto! ¡No os mováis! ¡Somos la autoridad!

Con su lámpara alumbró a los dos hombres que, sorprendidos, observaban como venados sin tratar de escapar. Uno habló y se notaba en su acento el temor.

—Vamos a "El Mocho". Venimos del otro lado del río. Somos trabajadores en busca de trabajo.

—¿Y a esta hora? ¡Hum! Nadie honrado busca la noche para cruzar la frontera. Mostrad vuestro documentos.

Los dos hombres vacilaron. Pusieron las maletas en la tierra mojada; parecía que pesaban mucho. "Mano-de-Angel" ordenó a sus hombres que registraran para ver

su contenido, allá en el escondite, sin perder de vista el camino. Los dos viajeros sacaron, después de mucho buscar en sus bolsillos, unos papeles envueltos en pañuelos para resguardarlos del agua. Otro soldado les había quitado los machetes, únicas armas que llevaban.

Miguel "Mano-de-Angel" leyó los papeles. Eran documentos personales, pero no tenían visas de la frontera. Explicaron:

—Pasamos de noche por el pueblo y no pudimos hacernos visar en el resguardo...

—Y no podíamos quedarnos hasta mañana...

"Mano-de-Angel" les alumbró los rostros. Eran hombres jóvenes, morenos, trabajadores. Parecían gentes de bien; pero muchas veces los rostros engañaban. Bien podían ser bandoleros o tal vez exploradores de "El Matrero".

—Tendréis que volver al otro lado, o ir a la cárcel. Es un delito pasar la frontera sin papeles y de noche como los bandidos.

Los soldados que revisaron las maletas, informaron a su jefe:

—Coronel, lo que llevan son libros; muchos libros.

—¡Eh! ¿Con qué libros, no? Un contrabando muy raro.

Empujando a los hombres fue a ver. Las dos maletas iban llenas de libros y folletos. "Mano de Angel" les revisó alumbándoles con su lámpara. Tenían títulos raros. Eran bastantes y debían pesar mucho para traerlos a lomo. Entonces recordó que una vez le habían recomendado que vigilara el contrabando de libros. Habían unas gentes raras que perdían su tiempo y esfuerzo contrabandando con libros. Nunca había tropezado con ning no hasta ahora. Pero, ¿qué ganancias podrían tener con esos impresos. Si pagaran por ellos lo que pesaban en oro, tal vez; pero si era para venderlos así como se vendían todos los libros y periódicos en las ciudades, no valía la pena ni siquiera exponerse a pasar la frontera en una noche como esa. "Mano de Angel" vacilaba ante el contrabando. ¿Qué hacer? Los hombres eran jóvenes; tenían cara de honrados; no llevaban más armas que sus machetes. Seguramente eran de esos que el gobierno buscaba por contrabandistas de libros. Sin embargo, a "Cara de Angel", el caso le hizo gracia; se requeña ser chiflados para contrabandiar con esa mercancía. Hizo un recuerdo mental de lo que podían obtener con la venta de aquellos libros y sonrió: era ridículo exponer la vida para ganar centavos. Recordó sus años de infractor de las leyes. Eran otros tiempos.

—Dadles sus machetes —ordenó benevolente y dirigiéndose a los viajeros —Empaquetad vuestra "mercadería" y seguid vuestro camino.

—¿Podemos pasar, señor Comandante...? —Preguntó uno sorprendido.

—Sí, pero no volváis a meteros a contrabandiar con babosadas. Cuando el hombre se expone a los peligros debe ser por algo que valga la pena. —dijo sonriendo con tono paternal. En ese momento sentía como conmiseración de los contrabandistas que seguramente eran novatos en la profesión. En el fondo, él se sentía solidario con todos los infractores a la ley y en silencio les guardaba simpatía.

Apresuradamente los jóvenes empaquetaron su mercadería. La lluvia había cesado por completo y la tormenta, por otros rumbos, se alejaba con sus truenos.

—Tome, Comandante —dijo uno al ponerse la maleta al hombro y le entregó un folleto —Es un regalo de amigos. Cuando tenga sus ratos de descanso, léalo para que se divierta.

—Gracias —murmuró "Mano de Angel" acentuando su simpatía para los hombres. Ya lo había pensado: eran principiantes en el negocio y no tenían madera de contrabandistas.

Cuando ellos se marcharon como dos sombras silenciosas, al meterse el folleto en el bolsillo bajo el capote, dijo a sus soldados:

—Esos pobres como contrabandistas no tienen porvenir. Son pobres muchachos que mejor debieran meterse a mineros. Para ese oficio se quieren hombres de pelo en pecho como "El Matrero" —y para sí, concluyó— o como "Mano de Angel".

Continuaron en sus puestos de vigilancia. El frío aumentaba de manera que la tormenta iba más lejos. El cielo aclaró y una media luna comenzó a jugar "la rayuela" saltando de nube en nube. Después vino el alba sin novedad. Y cuando el día se anunció con sus arreboles, Miguel "Mano de Angel" humedecido y con sueño ordenó a los cinco soldados que arse allí mientras él iba a poblado para renovarles la guardia del camino con otra escolta.

"El Matrero" no dio señales de su presencia; quizá buscara otro paso para deslizarse con su contrabando o, tal vez, se abstuviera de la empresa temiendo encontrarse con "Mano de Angel" su ex amigo de una noche en una prueba de hombría. Podría ser eso, también...

—Otra noche perdida. El Matrero", no hay duda que huele a lo lejos las "tapadas" de la autoridad. No me extraña; ese sí es un buen contrabandista y sabe hacer su negocio.

Un año después, en los periódicos de la capital, a grandes titulares se publicaba en primera plana lo siguiente:

## LOS MINEROS DE "EL MOCHO" SE HAN LANZADO A LA HUELGA. INESPERADAMENTE SURGE LA PROTESTA PROLETARIA

Quince mil obreros reclaman aumentos de salarios, libertad de organización sindical y mejores condiciones de trabajo. La huelga ha sorprendido a la nación entera por inesperada y ser primera en las minas del país. Por su organización se supone que en "El Mocho" están operando agitadores extremistas. El gobierno ha enviado tropas para resguardar la vida y los intereses de los extranjeros amenazados y porque en las minas, el cuerpo de vigilancia que estaba a cargo de Miguel "Mano de Angel", ha tomado bandera al lado de los huelguistas incumpliendo con su deber. Se espera que hoy las fuerzas del orden y la democracia, dominen la situación a como dé lugar. Seguiremos informando.

No obstante, la huelga de los mineros fue una victoria proletaria y Miguel "Mano de Angel", que ya era amigo de los trabajadores, fue relevado del mando y, de no haber huído a tiempo, le hubieran llevado a la penitenciaría a terminar de cumplir su condena de veinte años.

Algunos dicen ahora, opera entre los contrabandistas de la frontera y que es lugarteniente de "El Matrero". Otros dicen que es cierto eso en parte, que es contrabandista pero actúa con un negocio improductivo, singular y extraño: pasa libros por la frontera. Quién sabe cuál sea la verdad. Lo único cierto es, que los de las plantaciones bananeras, le llamaban cariñosamente, quince mil mineros de "El Mocho" y los trabajadores compañero.

## El Gigante de Espaldas Oxidadas

El cáucaso, el más elevado  
de los montes de cuyas  
sienes mismas  
arroja al río la hirviente  
violencias de sus aguas.  
ESQUILO

Montes de Piel rugosa y triste  
florecen soledad invertebrada  
y lucen rápida capa de armiño.

Cubre la luna  
oxidadas espaldas  
acaricia el viento lujurioso  
caderas opulentas  
y en lo alto, en lo más alto  
hiende el sol la tierra celeste  
deslízase luego cabriolando  
por vestisqueros y quebradas  
o acerca el hocico a tierra, a la oscura tierra  
husmeando  
el rastro sanguinolento del hombre.

En la planicie  
rodeadas de cerros afrailados  
un valle  
tibia matriz del viento  
refugio nocturno de aurora barbitaefia  
pétalos de olas coaguladas  
que ignoran el aliento de la bestia.  
paséase allí meditativa niebla  
y la eternidad  
deambula como Ofelia  
recitando salmos de redención.

En las altas cumbres  
enarboladas de silencio:  
huellas prehistóricas, presentes, imborrables,  
Señalan  
- madura rosa de los vientos  
el rumbo multitudinario  
de sonámbulas esperanzas.

A mandobles, el tiempo  
cubrió de cicatrices  
frente y sienas de piedra inverosímil  
pero en sus entrañas volcánicas  
el arauco  
alza sus puños tremendos.

## ¡Dadme una Tregua y Volveré!

Perentoria  
y múltánime  
sombra de cemento  
y engranaje.  
Déjame reposar  
sobre el camino de centurias apacibles  
al márgen de todas las latitudes  
cerca de la raíz del trigo y el lino  
¡lejos las hojas!  
¡lejos las flores!  
¡lejos de los frutos!  
perecedores  
déjame reposar.

Lejos  
quiero irme lejos  
dame tu mirada espumosa  
y haré bufandas de niebla  
para mis palabras errantes.

Construiré  
una vivienda de quebracho y abedúl  
en el fondo turbio de los grandes lagos  
lejos de la luz que enceguece  
lejos

Aguárdame, tú, aguárdame  
en las riberas turquesas  
de algún gran amor sonoro  
juntos oirémos  
la música pitagórica del ocaso.

y cuando la tarde efímera  
derrumbe soledades en el regazo de la nada  
sepúltame  
alegremente  
en cualquier rincón  
entre nubes rojas  
y volveré  
muy de madrugada  
volveré.

Juan E. Zanetti - Córdoba

## Tonada

—Lincoln, hermano,  
tu hacha está ensangren-  
tada;  
¿que te ha pasado?  
—Fué en el Sur nuestro,  
donde una negra canta  
llorando un negro.  
Por una blanca,  
su negro dió un silbido,  
de puras ganas...  
Gritó la blanca:  
isocorro! un negro inmundo  
me toca el anca;  
me toca toda,  
me desviste, ¡socorro  
que ya me viola!  
Y el pobre negro,  
con su silbido helado,  
se quedó quieto.  
Perdiz helada,  
quietito quedó el negro  
mirando el hacha.  
Por eso, amigo,  
mi hacha está ensangretada  
y yo vacío.

Llora la negra;  
también mi negro idiota  
silbar ajenas.  
Por eso, amigo;  
mi hacha está ensan-  
grentada  
y yo he perdido  
Mi vieja patria;  
los Estados Unidos  
de estrellas altas.  
Pero no crea  
que me entrego nomás,  
sin dar pelea.  
Un día de estos  
lo agarro Dale Dales  
y lo hago negro.  
—Querido viejo,  
Fierro guarda un facón  
que viene al pelo.  
Cuando levantes  
de nuevo tus estrellas  
y el Sur te cante,  
con Walt y Hernández  
haremos una fiesta:  
¡la fiesta grande!

Julio H. Meirama - Paraná



## Mi Verso

“Ella ató el cordón de grana  
a la ventana”

JOSUE 2.21

Yo voy con ella.  
Cada día el hombre me tiene a su costado,  
y la vida me camina las venas.

Soy: mi madre,  
con luchas a la espalda, gibosas, espumantes,  
de faenas amargas

Recogido en la noche el mochuelo liberto,  
estalla el verso.

De la dura maciega trajinada, vuelca astillas  
la pasión demorada.

Yo y mi poesía: fosca, recia, dura de boca,  
“Ella ató el cordón de grana a mi ventana”

V. Palmero - Rosario

## Nuevas Memorias

Nada apetece tanto como vivir  
en el amor perfecto de las cosas,  
como llegar al fin de la jornada  
a estrecharse en los vínculos supremos  
y reclinar el alma hacia las sienas.

Nada apetece tanto como pesar la dicha  
con un triunfo ganado  
en unos brazos tiernos y cercanos,  
en alguna estación inmaculada.

Nada apetece tanto como dejar que el humo  
nos descubra  
los recóndidos mundos subterráneos  
del aire libre  
que acaricia el rostro

Nada apetece tanto como llamar al pájaro  
con algún nombre propio y diferente;  
como enterrar las manos en la arena  
y dejar que dios gire por el viento,  
y crezca libre en la voz y en la mirada.

Nada apetece tanto como golpear  
la aldaba de los ojos  
y sentir que la luz camina dentro.

Guillermo Sarria - Córdoba

## Del Recuerdo

Hoy miraba llover, refugiado en un chaflán  
y tras la cortina de agua, vi aparecer un hombre  
con la palma de la mano abierta hacia mi  
en actitud de súplica.  
Yo lo empujé y tiré al suelo  
No quiero que me pidan ni dar nada  
Lo poco que tengo es mío y no quiero darlo  
ni que me lo quiten  
¡Es tan poco lo que me queda!  
¿Sabes? Hoy miraba llover refugiado en un chaflán  
pensando en tí  
y tras la cortina de agua apareció un hombre  
que quiso arrancarme tu recuerdo.

José G Aguilar - Córdoba

## Córdoba junto al río

Una noche de buitres diseminó los sueños  
sonora sombra de alas golpeando la esperanza.  
Y fueron claras voces de pronto perseguidas:  
diasporizadas ansias libradas a la ausencia.

Llamo a tu puerta y abres; tu corazón con río  
se entrega palpitando con mercurial asombro.  
Y, si por fuera verde vegetación te encubre  
algo más que paisaje me aguarda en tus umbrales

Ciudad mediterránea, Córdoba florecida  
si es fuerza que a mis ojos te presentes hermosa  
muéstrame lo más puro que guardas en tu seno  
los secretos retoños de tu nueva esperanza:  
los clandestinos besos del Hombre con la vida:  
tus sueños que persiguen el mapa del futuro.

Los ojos de tus niñas incendiando el asfalto:  
la mañana incendiando las niñas de tus ojos.

Los niños esperando los patios de la aurora.

La fatigada madre de senos doloridos  
que adivina en el viento la calidad del trigo  
y la leche que anuncie su lucidez más íntegra

Tus hombres despertando de súbito y uniendo  
su oscura rebeldía para elevar tu nombre

Los labios que ya se abren para entonar ardientes  
la zamba de la aurora. La vidala del día  
en que otros ojos puedan, no los míos ausentes,  
mirar en tus arterias correr la sangre nueva  
inaugurando a gritos la alegría del pueblo.

Córdoba, ya eres mía; mi voz ha descubierto  
lo más vivo que callas porque siete cerrojos  
disimulan tu nombre bajo un río de angustia.

Córdoba, ya eres mía. Que mi voz te proteja,  
y que nadie lastime tu vieja arquitectura.  
Ya estás junto a mi venas, como yo junto al río,  
y como yo esperando desmenuzar estrellas  
y liberar palomas a la orilla del alba.

Melvin René Barahona - Córdoba

## P O E M A

A tí perdida en una selva.

A tí  
luciérnaga  
mi canto.

Tú siempre fuiste el Norte  
a través de mis cuatro latitudes

Recta Señal  
de río en ascendencia  
hacia el verde agujero de los sueños

Tú remontaste el Paraná  
para  
encontrar su canto,  
para enlazar  
sus selvas litorales.

Quizás para olvidarte  
de tí,  
uniéndote a la tierra y al paisaje  
por el hombre olvidado.

Yo descendí el Paraná,  
abajo,  
buscando las raíces de la sangre,  
buscando  
el mar de fondo de la raza,  
para elevarlo en canto  
Americano.

Quiero acercar los Ríos,  
Hacerlos más hermanos,  
hacerlos  
Agua constructora,  
en la simiente del Trabajo

Ese es el signo  
que yo me he señalado.  
Yo descendí el Río.  
Ya tú  
los has remontado.

Norte fué tu camino,  
pués todo en tí es Norte esperanzado.

Tráeme de Misiones, de Corrientes,  
de Santa Fé, Entre Ríos  
y del Chaco,  
la pureza de selva inexplorada  
en la siente fuerza de tus manos.

Las dulces guaraníes,  
en el hambre y la miel  
del paraguayo.

La voz de yervatales malheridos  
por el asesinato  
del mate amargo.

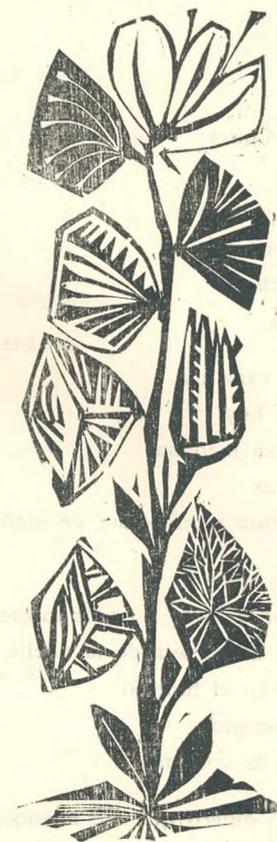
Tráeme en tus ojos  
todo el agua del Río  
surcado  
por las barcas de los sueños,  
para acunarlos a mi lado.

Tráeme  
los gendarmes desvelados,  
en las noches de muerte y  
contrabando.

Tráeme las naranjas,  
trae el trigo,  
tráeme el yacaré acorazado.

Tráeme todo el Norte  
cuando vuelvas,  
descendiendo el Río remontado.

Jorge Najle - Córdoba



## Soledad Pasada

A LUIS MASOLA

Soledad, soledad de dura arista,  
¡Qué frío filo por la carne entrando;  
en desteñida noche, amenazando  
guerrero campo, juego de conquista!

Qué fina mano llegará que vista  
sin brocado de angustia, comenzando  
hilar de llanto manso, recreando  
imagen de dolor, rota amatista

Hoy miro adentro y siento desmayado  
tanto espectro y memoria del pasado,  
tanta perdida aurora sin ocaso.

Que me pregunto si lo ya vivido  
fué tiempo, sueño, amor correspondido,  
o turbia pesadilla sin ocaso

Agustín Larrauri - Córdoba



## Cantos Inaugurales

Ahora  
sé  
que la vida  
comienza  
cada  
día.  
Y cada día  
es hoy,  
y es mañana,  
y es  
futura arquitectura de mañana.

No quiero  
que vuelvas a encontrarme  
en la ceguera de la noche,  
ni en el funesto  
presagio  
de la sombra.

No quiero que me busques  
junto  
a las destrucciones,  
no quiero que me encuentres  
envuelto en la inmovilidad  
de antiguas  
y esplendorosas  
ruinas  
carcomidas.

No quiero estar,  
no quiero  
estar  
en el comienzo  
de  
los ríos. Quiero  
que para dar  
conmigo  
tengas  
que subir  
o bajar  
hasta el empuje  
de sus desembocaduras.

Allí me encontrarás.  
Allí donde el oceano azul  
inmensamente  
azul,  
como si fuera  
padre  
mundo  
abre  
sus renovados  
y formidables brazos recibiendo  
los fluviales  
tributos  
de la tierra

Mira,  
fijate bien, quizá  
ahora mismo  
estoy  
entre ese alado  
río de palomas que pasan  
dividiendo la pura  
cúpula  
del cielo.

Tal vez estoy donde la tierra  
se parte  
liberando  
la maravilla de la rosa,  
cálido  
centro de pétalos purpúreos,  
alegre  
y desafiante  
como mi enamorada.

En este mismo sitio  
el rocío  
se tiende  
como una enredadera  
de cristal  
y frescura.  
En este mismo sitio  
verás  
nacer

la rubia  
cabellera del trigo,  
su dorada cintura,  
su natural  
perfume  
lleno  
de delicadeza destinada.

Aquí  
recogerás  
la música  
y el canto.  
Aquí  
me encontrarás.  
No preguntes

por mí. Búscame,  
búscame en el momento  
que nace la manzana  
como un pequeño  
sol  
de quemante  
dulzura.

Búscame en el fulgor  
del mediodía que  
sobre el pecho del mar  
inventa una coraza.

Si quieres  
tocar  
mi corazón,  
pregunta  
por el viento.

Acércate a su vertiginosa  
inclinación. El está en todas partes,  
y en él  
mi corazón  
se multiplica.

Pero no quiero,  
no quiero,  
no quiero que me busques  
junto al fino  
laúd  
del paje envejecido.

No quiero que me busques  
en compañía  
del ingeniero de ataúdes.

No quiero que me busques  
entre los investigadores  
del pasado,  
yo no nací  
para encontrar vestigios  
de ciudades perdidas  
y hundidas  
en el lecho  
de un mar  
evaporado.

Ahora sé  
que la vida  
cada día  
comienza, cada día  
florece  
y se levanta  
y abre  
sus infinitos  
pétalos terrestres  
hasta tocar el sol  
o las estrellas  
o los vientos

Arbol,  
pájaro,  
hombre  
o río  
son una misma  
cosa.

Quédate aquí.

Pronto  
llega la aurora,  
salgamos a vivir

(de "Cantos Inaugurales,"  
1955, Inédito)

L. F. Funes - Córdoba

## Seguramente

Azules y en sazón  
los pensamientos remotos del aire  
suspenden, regresan . . .

Sin lágrimas tibias  
sin soles fecundos, ni dolor,  
los árboles,  
esos pacientes,  
resignados  
presidarios,  
aguardan junto al margen de la historia.

Ni ellos, que son barbas venerables,  
ni tu ni yo,  
con nuestras impaciencias prematuras,  
seremos testigos de lo que,  
seguramente, vendrá.

Los ríos de cielo y piedra seguirán,  
quién sabe hasta cuando  
deshojando lentamente  
sus perlas mártires.

Jaime Zapiola Garzón - Córdoba

## Soneto

Marinero de un barco que ha perdido  
en tormentas de amor su arboladura,  
Navegante del tiempo que procura  
humedecer de llanto todo olvido.

Si en tierra firme estás y estás herido  
si el asfalto te duele con su dura  
vibración de ciudad y calle oscura  
si tu sueño de espuma se ha dormido.

Vuelve al viento del mar, viento salado  
rumor de caracola en la Bahía  
arena fina, pez en agonía

Deja tus cosas, deja el preocupado  
y vegetal vivir de cada día,  
el mar - amor - te espera todavía.

Edgardo Sauret - Córdoba

## P O E M A

Esta sangre de oro que ha brotado en los campos,  
tiene el ansia y el canto del arado.

...Todo está quieto, apenas sacudido por ráfagas  
que ondulan las espigas y parece, que algo queda,  
pasa, o ha crecido...

Estático el horizonte deja crecer las horas que marcan  
la luz y el eco de las sombras.

Hay un árbol nacido en soledad que alcanza el cielo  
Y hay una paz que fué dolor en la semilla, en el  
brote y en los días.

Ahora contemplo este río de oro que el árbol en  
soledad vigila.

Y vienen en galope las palabras cruzando  
los caminos.

Llegan y se van con esta quietud dorada que apenas  
peña el viento, tendiéndose en su lecho, adormecido.

...Atento contemplo este vaiven que canta. Allá  
lejos, lejos en viento azul, un remolino. El paisaje  
pintado de oro, salpicado de verde esperanzado de  
Diciembre....

Presiento el paso del arado, las noches sin espigas,  
y mi corazón arrebatado en soledad sangrando su  
vigilia.

Antonio Vazques - Mendoza

## Creo

CREO,  
en el jazmin.  
CREO,  
en la simetría  
del insecto.

CREO,  
en el vuelo  
de la paloma.

CREO,  
en la dureza  
de la roca.  
Y en la majestuosidad  
del mar.

CREO,  
en todo lo que vivo.....  
VIVE

CREO,  
en mi,  
a veces dudo,  
PERO no dudo,  
cuando creo en el otro.

Lázaro Kanónich - Córdoba

El barco se va. El barco  
se va la niña grita.  
Un velero en el charco  
de oro.

La infinita  
tarde, derrama su alma  
materna en el velero  
y la niña.

En la calma  
se desgasta el lucero.  
Las hojas de las plantas  
brillan, y cada una  
anochece en las santas  
regiones de la luna.  
La niña ya se ha ido  
con su barco.

La brisa  
ligera, se ha bebido  
el eco de su risa,  
y el cielo se ha dormido.  
Todo ha ornado la mansa  
sombra.

Marcelo Trebucq - Córdoba

## SUEÑO

Sobre los suelos  
oscuros, no descansa  
de florecer en cielos  
la noche.

Las distancias  
se empapan de rumores  
filiales. ¡Diento ansias  
de amar liernos amores!  
¡Hábito aire transporta:  
la música apagada  
de un grillo que se corta:  
¡El barco se va!... Y nada  
más se oye.

Una nota  
se cueca del multismo  
cayendo gota a gota.  
Y, en el charco que el mismo  
fulgor de sueño riega,  
un pétalo caído  
del corazón, navega  
por lo desconocido!

## Ellos...

ELLOS son eternos como las simientes.

¿No escuchas sus voces florecer en la  
tierra?.

Sus secas manos ahora laboran  
confundidas entre raíces nuevas,  
¿Qué corazón ha ardido de tal modo?  
Quitado le fué el tiempo  
de vivir con dolor.

Más en el fuego incabado

el dorado licor de sus viñas entregan,  
van por secretos cauces exaltando  
todo deseo, con vehemencia,  
igual que las perfectas estaciones

Emilio Sosa Lopez - Córdoba

## El Regreso

Aquí estoy yo,  
vertical en mi centro.

Como una flecha  
proyectada a su propio encuentro.

Sé que soy una elipse  
en la perfecta curva del regreso,  
sé que pronto mataré las ilusiones  
y dejaré el verso.

Pero;  
Sépanlo todos,  
hay un camino hecho de silencio  
donde todos los puntos del espacio  
convergen exactamente en nuestro pecho;  
allí está el secreto de la sangre  
y la cal del hueso,  
y nos empiezan a sobrar las cosas  
cuando encontramos eso.

Aquí estoy yo,  
Vertical en mi centro.  
Tratando de matar este Martínez  
y esperando la voz del Universo

Rufino Martínez - San Juan

## Alguien

Hambre: Sueño - roto  
de uno digo. Astilla,  
Amparándome, alguien.

Brújula sin tino:  
sobre mí, la Vida, pienso,  
Sitio, su clavícula nombro,  
Sombra: nadie,  
Noctámbulo.

Sangre: algo me conforma su grito

Porque no se me escape la Luna  
agujereándome, me repito: ando

Siempre, uno, alguien, partiéndome  
Sobre mis hombros; mano y venda.  
Digo Cielo y atestiguo Canto  
Amparándome, alguien.

J. C. Martínez-S. del Estero



## TRES POEMAS

Para tí, en el silencio y en la sombra

No. No era un boulevard,  
Con castaños, con nieve, con bohardillas  
No estabas en París.

De donde vino entonces ese ritmo tan tuyo  
Que recuerda las aguas notálgicas del Sena?

Que acordeón andariego te ha prestado  
Esa triste gravedad de tu acento?

No No era tampoco  
Esa ondulante pulsación de espuma y sal  
No estabas en el mar,

Y cómo pudo entonces tu piel de caracola  
Empaparse de viento, revestirse de yodo?

Qué inesperada pleamar nocturna  
Te inundó de distancia y de rumores?

No. No era la tierra roja  
Con caminos, con piedras, con encinas  
No estabas en la montaña

Y cómo puedes reír  
Cuál vertiente que se vuelca en prescura?

De dónde vino entonces ese raro  
violeta entristecido que humedece tus ojos?

Ni en París, ni el mar, ni en la montaña,  
Tú no estabas allí Nunca has estado.  
Simplemente regresas de algún lejano olvido

Y tu voz y tu piel y tu perfume  
Creación milagrosa de distancia y de recuerdo.  
Amanece en tus ojos y anochece en tus brazos  
Y yo estoy y tú estás, sin paisaje, ni tiempo.

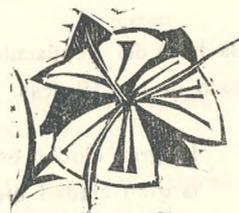
Ramón H. Cordeiro Córdoba

De qué amor estoy solo y herido  
Si cuando más me arrastra la corriente  
Y más y más lejana está la fuente  
Siento que sólo amándote he vivido.

Qué me puede importar a mí el olvido  
Y su luz y su cielo transparente  
Si sólo amándote constantemente  
Iré a la muerte con algún sentido.

Este amor que se nutre de tu ausencia,  
Y en el que quiero arder hasta la esencia  
Me arrastra como un viento a la locura

Y loco te amaré y con ternura  
Con deseo, con duda, con urgencia.  
¡De qué amor llenaste mi existencia!



Creí en un tiempo, que me duele ausente  
(adolescencia de bandera y canto)  
Que el hombre sólo era hombre en tanto  
Tuviera fuego, y balas a su frente.

Más tarde pude, en paternal corriente  
(después de algún fracaso, algún  
quebranto)

Creer que nada, nada valía tanto  
Como la paz que trae la simiente.

Hoy lo mido en su amor, en su locura  
Si acaricia las cosas cuando toca  
Si es capaz de morir de desventura.

Y se levanta en toda su estatura  
Con la palabra amor sobre la boca  
el hombre en su cabal arquitectura.

## Amor

Al andar,  
era como la tierra llovida,  
como el rosado color de los malvones  
que prolongan la tarde,  
como el rocío al recibir los rayos madrugados.

Al bailar,  
era una flor desnuda,  
era un río creciendo sin orillas,  
era un pájaro buscando libertad para fundir sus alas  
con la tierra,  
con los sauces,  
con la despedazada arena sedimentada en mi cuerpo  
y en mis cosas.

Al andar,  
transformaba su cuerpo en humo,  
en verde camalotal a la deriva,  
en animal sin ataduras. . .

El pelo velaba sus ojos  
y así se agigantaba, interiormente.

Yo intuí el amanecer tras la quietud de su cuerpo,  
en su mirada sin ausencias . . . y fui hacia ella,  
y ella vino hacia mí . . .  
rocío cayendo lentamente al pasto atardecido,  
verde camalotal a la deriva,  
caballo trotando hacia el agua en el verano.  
ella tuvo la sal . . .  
y yo la danza.

Presencí el nacimiento del fruto,  
en la mañana.

Vi el esfuerzo creador.  
Puse mis manos en la tierra para acunar su sueño  
Lo vi crecer . . .  
jugar . . .  
desentrañar los misterios primarios de su cuerpo  
y de los que lo rodeaban para su risa o llanto.

Dejó de ser retoño protegido  
y buscó nueva imagen de la danza,  
nueva fuerza en el trigo . . .  
nueva forma creadora,  
sal,  
danza,  
flor,  
rocío cayendo lentamente  
y el pasto que ha abierto sus brazos para recibirlo.

Al volverse más gris,  
supo lo que era el verde de las islas,  
por qué lloran los sauces,  
por qué va el camalote a la deriva,  
y por qué, al bailar,  
era como la tierra llovida,  
como el rosado color de los malvones,  
como caballo trotando hacia el agua en el verano.

Presencí el nacimiento del fruto,  
en la mañana.

Isidro Morasan - Santa Fe



# CUADROS ROJOS

La calle gris, orgullosa de asfalto, se estira recorrida hasta dar contra los viejos filtros. A lo largo de su recta controlada por postes y tranvías repetidos, desprende, hacia la derecha, cortadas terrosas que encuentran el río. En una de ellas, quizá la más estrecha, como amoldándose, adheridos, habían pasado veinte años de Pablo Maidana. El tenía los ojos resquebrajados. Y tenía noches acurrucadas en el rostro ahuecado de invierno; noches de aquellas en que las cortadas se yerguen en una sombra estática, viviente sólo por el rumor del agua que corre con lentitud y por el reflejo de los charcos, que inevitablemente permanecen en las cicatrices de la tierra endurecida. Sin luz, él veía su sombra; la tocaba, recortada por esos zanjones profundos.

Desde aquella mañana —esto fue hace poco más de un año— en que imprevisiblemente llegó a las "cortadas" un grupo de gentes y, ante la vigilancia de varios gendarmes recorrieron todas las "casas" —decían ellos— exigiendo las libretas de enrolamiento y obligando a firmar unas planillas especialmente conformadas, desde aquella mañana, todo había cambiado mucho.

"Le había salido dueño a los barrancones" y todos los meses alguien pasaba a cobrar el alquiler.

Aunque Pablo Maidana viviera ahí "casi por gusto", ya que con su sexto grado, y de quererlo, "podía enganchar en La Marina", también para él "el asunto se puso fiero". Y ahora, ya, no —estaban resignados— pero en un principio, cuando eso era lo único que se comentaba, fue él quien propuso que fuesen todos juntos a protestar: "Si estas barrancas no sirven ni para escusao... y porque nosotros, que no tenemos adonde ir, nos tiramos por aca, son casas y hay que pagar para quedarse". También él tuvo necesidad de otros "rebusques", y los encontró en "el boliche de la Lola": cargar y descargar cajones, pasar "el lampaso", y atender el mostrador pasadas las doce de la noche, cuando el ambiente "se espesa".

Desde aquella mañana, esa imprecisa sensación, esa íntima justificación de su estado por la espera de una oportunidad que le permitiera superarlo, había recrudecido.

Hubo un tiempo, enamorado, en que destruyó la uniformidad silenciosa de las cortadas: pensó porque a los espinos, vió estatuas cálidas en la greda, y transformó los charcos en fuentes blanquecinas de jabón, con peces de mandarinas o de hojas secas, de lunas movedizas o papeles retorcidos. Pero luego, solo, de soledad profunda bajo ese cielo pardo crujido de árboles secos, no hizo más que aspirar el sabor doliente de la Ausencia: imagen lenta que lo invadía con calor de sueño, de piel adormecida. Y su adolescencia anclada le bullía la originalidad de su propia vida; lo llevaba a decirle cosas a la oreja inabarcable del viento, o al recortado perfil de alguna piedra andariega. Y esperó, viviéndolo al dolor en su paisaje; viciando su dimensión, repitiéndose.



Una siesta de otoño, cuando terminó el mate, fué al almacén. Allí, recostado en el mostrador amarillento marcado a círculos por los asientos quemantes de los vasos de vino, hojeó el periódico matutino; antes de distraerse en la página deportiva, leyó, en la opuesta, un título que despertó su atención: "Concurso de afiches para pintores noveles". Y es claro, Pablo nunca se había olvidado de la admiración de su maestra, ni de los pizarrones que decorara a tiza para las fiestas, ni de sus tíos, que seguramente aún guardaban, debajo de la almidonada camisa dominguera, junto al retrato del abuelo, las flores y los árboles que él pintara; y además, ahí tenía, frente suyo, en la pared, la ilustración de La Cumparsita con la que pagó a "La Lola" una deuda que contrajo en una noche de "fiesta". Entonces, fue a leerlo detenidamente:

"La Sociedad de Beneficencia Dr. Luis Margel, con motivo de la realización de una colecta pública a total beneficio de los habitantes de Villa El Páramo —era la suya— organiza un concurso de afiches para pintores noveles. El primer premio..."



Esto, ahora, no le interesó mayormente; en cambio, cuánto lo sedujo el pensar que habíase concretado su secreta esperanza. E imaginó cómo, en las calles céntricas, cundiría el asombro ante la elocuencia con que él expresaría el mundo de las cortadas; nadie lo concía como él; era él mismo. Si hasta tenía los ojos de tierra. Si sus manos, prolongadas, habían arañado, hasta verla por el fondo, esa vida minúscula y compleja, como de bicho.

Durante un mes se lo vió poco. Respirando muy hondo como si bebiese el aire. Y todos ya sabían por qué. Y silenciosamente, talvez sin darse cuenta, lo alentaban.

Las pulsaciones de suburbio se aceleraron cuando sacó de la cueva maderas y cartones coloreados; los aplió rápidamente y les prendió fuego. Hombres y mujeres lo habían rodeado, y él los miró, callado; levantó un paquete rectangular y sin esperar las cenizas, pasó por

entre el asombro enrojecido. Cuando se hubo alejado unos pasos, con un graznido de quien hace tiempo habla consigo mismo, gritó:

—¡Aquí estamos todos nosotros!

Y señalando, con los ojos muy abiertos:

—¡Vos; ustedes... Vos... Estos charcos. Tu dolor... Aquella vieja borracha... El amor de tu hija y el mío. La calesita... Estamos todos juntos.

Y caminó hasta perderse de vista. Llevaba la palabra de esa vida en algo suya, que había dicho muchas veces entre los troncos secos de los espinos.

Cuando fué a entregar su pintura en el lugar establecido, quedó marcada, en la alfombra violácea, la temblorosa indecisión de su paso.

Faltaban aún dos días para que el jurado, que lo haría en público, se expidiera, y los pasó en el "centro", caminando de la plaza al mercado, apoyándose en la barandilla del puente y dormitando, de a ratos.

Llegado el momento, parado en la entrada de la galería de arte, veía desfilas grandes plumas, tapados triangulares con la base rozando el suelo, ojos azules, verdes.

No se decidía a subir la angosta escalinata; se volvería fuego, lloraría seguramente cuando al nombrarlo para darle el premio, la gente lo mirase desconcertada por no haberlo visto nunca: "¿Pablo Maidana?" Pero no. Los abrazaría a todos; les explicaría por qué lo consiguió; los invitaría a conocer la calleja, la vieja, los charcos... Un aplauso intermitente quebró su distracción y de tres saltos pasó los peldaños. En la sala, gran cantidad de personas formaban un semicírculo contra la pared especialmente iluminada; su impulso hizo que lo atropellara, rompiéndolo de golpe, y como no pudo detenerse, fué a dar en las piernas del hombre que, subido a un taburete, colgaba el cuadro elegido. Bajó la vista, avergonzado por la exclamación que había producido su llegada espectacular, y encontró su obra, con el vidrio roto incrustado en el cartón que se retorció, sirviendo de plataforma a los zapatos del jurado. Cuando se incorporó, lentamente, como con un gran peso caliente en las espaldas, sus ojos quedaron a la altura de unos cuadrados rojos superpuestos encerrados por líneas grises, gruesas y delgadas. Prendido al marco un cartel decía: "POBREZA" 1er. Premio.

"POBREZA", "POBREZA". El cartel giraba; las letras se hacían grandes, se perdían, le ocupaban los ojos. Y los cuadrados rojos, y las líneas grises, se acercaban invadiendo su desconcierto sin lograr más que rojos y grises.

Quedó ahí. Con la boca abierta y seca; con las manos caídas, muertas, agujoneado por todas las miradas, y sintiendo una voz que refiriéndose a él, parado inerte, como extasiado, algo decía del pueblo y del arte.

Las camisas que el viento inflaba en las sogas, pretendían abrazarlo, ventrudas. Lo llamaban como si también ellas hubiesen comprendido ese camino suyo del regreso. Y las rozaba una a una. Y sentía en su humedad una tibieza como de barro.

ALCIDES BALDOVIN

## COSAS EN ORDEN

Susana Aguad

Todo había sido previsto: desde aquel día en que su madre lo dió a luz y en que el abuelo había dicho con su voz ruidosa: "Este muchacho tiene que ser lo que yo quiera. Alguien tiene que darme con el gusto en este mundo".

Y fué así. Sus padres, con un sentido innato de lo socialmente bueno y conveniente, lo hicieron ingresar en la Facultad de Derecho esperando equiparlo con el título de doctor en leyes, para que supiera, y a su vez presintiera las cosas que la vida puede deparar aprendiendo, en aquellos claustros invernales, lo necesario, y si era posible, mucho más de lo necesario.

El procuró ser como se debe ser, como todo el mundo (no censurable) era. Fué medianamente estudioso, correcto, disciplinado, y además creyó en el Derecho, en la fuerza de la justicia, en la asequibilidad de la ley. Después de seis años —cuando él era el mismo y exactamente el mismo que había sido, sin nada más ni nada menos, sólo con algo por encima y muy por encima que lo revestía de intangibilidad o parecía revestirlo— egresó de la Facultad con el título de abogado, y vió a su madre abrazarlo desesperadamente como si fuera lo único que ella tenía, se dijo a sí mismo: "Ahora debe ser distinto. Ahora debo triunfar, imponerme".

Pero si las cosas no marcharon bien al principio sería porque era un principio, y cuando después el tiempo le fué menos favorable aún, sería por todo, por cualquier cosa, y en última instancia, por la sociedad.

Esperó un año y no esperó más. Sin nada, ni una moneda ganada, ni medios para salir adelante, solo, desesperanzado: el escritorio que había instalado su padre para él, y los libros apiñados que había, completamente muertos e inactivos, sin tener consultas que evacuar ni problemas que resolver porque frente a los grandes nombres, el suyo no era ningún nombre ni tan siquiera algo a lo que se pudiera recurrir, y todo era, en cambio, factor que trabajaba en su contra, desde su falta de vinculaciones, hasta la humildad de su origen que le traía sólo los contactos más pobres e inoperantes. Y nada más pensó cuando, en definitiva, al cabo de ese primer año de espera, decidió emplearse (como cualquiera como él lo habría hecho, cualquiera que estuviese tan carente de medios y de ocupación), y, dirigiéndose al estudio de los doctores López y Sierras, entró casi maquinalmente, con una carta de recomendación en la mano.

Estos eran, a la sazón, abogados de cierto prestigio, con un estudio lujosamente montado y apto para recibir gente que quisiera trabajar a sueldo. Pero, para él, aquello era cualquier cosa, un quehacer parecido a cualquier cosa, menos a lo que específicamente debería ser. Los doctores López y Sierras lo admitieron como abogado del Estudio, y hablando de generalidades, le dijeron (con sus voces comunes: "Mire usted, doctor, nosotros nos atenemos a la importante recomendación que le precede a Ud., porque, de otra manera, le diríamos que el Estudio tiene ya colmada su capacidad, los letrados que lo atienden son ya bastantes. Para Ud. sería un tipo especial de asuntos el que le daríamos o, en última instancia, le daríamos el trabajo tribunalicio... pero todo eso se verá, sobre la marcha se verá, distinguido doctor".

No se vió nada, ni aún sobre la marcha: él encontró ya preparado su futuro trabajo, un trabajo para todos los minutos que corrieran del día, desde las ocho de la mañana hasta después de las seis de la tarde.

Tomó papeles, llevó papeles, selló papeles, estampilló papeles, y nuevamente tomó, llevó, selló y estampilló papeles, al parecer los mismos del día anterior, hojas blanquitas con letras regulares dirigidas al Juez, a la Cámara o a otra Institución, en un mundo de instituciones verdaderamente innumerables donde hasta el saludo, el estilo, y la forma, era una institución. Y él supo entonces todo lo que había sentido, y lo aceptó como se acepta lo inevitable, sin darle ninguna trascendencia.

Al cabo de un tiempo su figura se había vuelto convencional y sus días se identificaban uno al otro, prolijamente dispuestos sobre una tabla-horario que semejava un oráculo. Los fines de semana, sentado con felicidad sobre la butaca de un cine se figuraba que el mundo estaba en paz y necesitaba permanecer como era... pero esa apariencia de beatitud duraba hasta la hora en que terminaba la función y en que él se dirigía a su casa, tomaba café caliente, se introducía en la cama, fumaba un cigarrillo, y, no puede decirse que hiciera nada más ni que hubiera nada más por hacer, sino sólo por pensar... en el otro día y en el trabajo amontonado de los lunes.

Aquello que le ocurrió una vez fué precisamente un lunes por la tarde, mientras la máquina de escribir su-

fría los golpes de sus dedos y la calle lanzaba los mismos sonidos de los lunes, es decir, más estridentes que nunca. Se vió venir una avalancha, un compacto grupo de muchachos, apareciendo como una lengüeta negra, gritando, chillando, o hablando fuerte, llenando el espacio de sonidos, de carteles, de volantes. El vió que los carteles decían algo y vió lo que decían y pensó si eso de "Universidad sin privilegios. Universidad para el pueblo" — era todo, pero no lo era; atrás venían otros nuevos carteles "Queremos becas para obreros. Escuelas de capacitación". Después, (y todo sucedió en menos de un instante), la policía, tiesamente montada, arremetió por una bocacalle y, por la otra y envolvió la manifestación y apaleó. La gente se introdujo en los negocios, pero sus dueños pugnaban por cerrar herméticamente las puertas de los que aún quedaban abiertos. A los pocos minutos se despejó la calle: estaba sucia, pesada, silente. El pensó que todo había pasado, y tuvo ganas de bajar para ver las cosas más de cerca, pero no bajó, y permaneció tranquilo frente a la máquina, tecleando con fuerza y más fuerza, acordándose de su vida universitaria, de que nunca participó en cosas como ésta, de que es más, las temía, temía los exámenes, los profesores, las autoridades. Con temo infantil temía las miradas recriminatorias de la gente como si representaran una censura aplastante e irresistible.

A las ocho de la noche llamaron a su casa, y cuando Pedro le dijo "Buenas noches hombre. Déjame entrar" él pensó en algo raro y siguió pensando, hasta llegar al living en donde Pedro se acomodó y dijo:

—"Cinco años juntos en la Universidad y tú todavía no sabes si dejarme o no entrar a tu casa. Supongo que te paraliza la sorpresa de verme después de tanto tiempo. No creas que no conozco el lugar donde trabajas. Precisamente porque conozco a los doctores López y Sierras, no te he buscado en su Estudio".

A él le salió un "¡Ah!, ¿sí?" displicente, tonto.

—"Vengo a pedirte algo importante —continuó Pedro— realmente importante. Dime: tú eras íntimo amigo de Alberto, ¿verdad. ¿Sí?... me lo suponía. Pues bien, Alberto ha sido acusado de homicida". El hizo un ademán de sorpresa, se refregó la nariz y siguió escuchando. "Así es, aunque parezca increíble. Mató a un policía en la manifestación de esta tarde. Alberto se defendía con un palo. El policía estaba dispuesto a asestarle un culatazo con un revólver. Por esquivar el presunto golpe de Alberto, el policía cayó a la calle, pegó contra el cordón de la vereda y quedó muerto. ¿Puedes entrever las consecuencias?... No, no puedes. Son demasiado terribles para presumirlas. Los estudiantes detenidos hoy, no serán puestos en libertad por mucho tiempo, acusados de atentar contra la vida, la seguridad personal y el orden. Alberto será juzgado por un Tribunal predispuerto a condenarlo con la pena máxima sin encontrar ningún tipo de atenuantes. Se lanzará la campaña represiva de los movimientos, de todo tipo de movimiento más o menos democrático, y el estímulo será éste, precisamente éste; el policía muerto por un estudiante en una manifestación apañada por gente oscura. La defensa de Alberto ser entorpecida, su defensor vilipendiado; pero esa defensa debe hacerse con toda la prolijidad y vitalidad que exigen las circunstancias. Alberto está incomunicado. Nos hizo llegar un papel, en donde nos pide que te encomendemos la tarea. ¿Sabes, él te tiene fe, y a pesar de que parece indiferente a todo, cree en tu integridad."

El parecía pensar en cualquier cosa mientras escuchaba: sus manos jugando con el brazo del sillón, sus ojos fijos en la lámpara amarilla, sus piernas cruzadas en actitud pacífica. No obstante, se acordaba de una vez en que Alberto paseando con él en las galerías de la Facultad, le dijo: "Tú te recibirás antes que nosotros, pero, ¿cuándo te decidirás?..."

—¿Y...? ¿Qué dices?, ¿aceptas la defensa o deberemos buscar otro abogado?

—No puede decir nada todavía. Háblame mañana por teléfono, ¿quieres?

"Mañana" había dicho, como quien dice la hora definitiva, inapelable.

Y el día amaneció oscuro de papeles, de paredes pintadas, de muros escritos a tiza de gente inoportuna, de apuros, de tranvías abarrotados de propaganda maliciosa, y siempre en todos lados, propaganda maliciosa "El policía muerto a sangre fría... muerto por proteger a la autoridad... muerto por resguardar el orden... muerto por Dios, por la Patria... muerto por los asesinos hombres que encabezan los disturbios enmascarados de fácil patriotismo"...

## ARENAS EN EL VIENTO

(FRAGMENTOS)

de Alfredo Mathé y L. F. Funes

ARENAS EN EL VIENTO, libro cinematográfico, fué pensado y escrito como una versión directa —sin concesiones ni deformaciones— de la realidad social y el paisaje en que viven los arceros de la periferia de Córdoba. Surgió en mí, como idea, a través de la reiterada observación de ese medio, a veces extraordinariamente tierno, pero siempre duro y hostil. Así es la gente que allí vive y trabaja. No sé en qué medida ha sido alcanzado el ambicioso proyecto. Pero debo destacar, cumpliendo con una elemental razón de estricta justicia, que aquella primera aspiración mía no se había tal vez materializado de no mediar la colaboración creadora del poeta L. F. Funes.

A. M.

Un ómnibus marchando por la carretera. Al tomar una curva, sobre el indicador de la capota, se lee: CORDOBA - RIO 3º - CORDOBA. La cámara realiza un movimiento de panorámica, siguiendo el desplazamiento del vehículo.

Interior del ómnibus. Entre otros pasajeros, sentados, viajan Pastor Britos, Ana, su mujer, y el hijo de ambos, José, de cinco o seis años.

Los mismos, en un plano de aproximación, más cerca. En sus rostros se refleja el cansancio del viaje. Sin embargo, lo observan todo con curiosidad. Tienen bien abiertos los ojos. Al cabo, cambian entre sí breves sonrisas y miradas de aprobación.

Empero, de seguido las facciones de la mujer se alteran, tornándose duras. Un velo de excepcionalismo cae sobre el rostro de Ana.

El resto de los pasajeros, campesinos en su mayoría, presentan un aspecto similar al de los Britos.

Salvo la figura de un viajante de comercio que va leyendo el diario. Un sacerdote, a su lado, dormido, cabecea.

Sobre el ómnibus el equipaje, bamboleándose. Junto a valijas de mala calidad hay canastos, atados de ropas, un cochón enrollado, etc.

El chófer hace grandes esfuerzos en la conducción del vehículo, especialmente con el cambio de marcha. A su lado, medio encorvado y como vigilando el camino, viaja de pie un policía de campaña.

Britos y Ana, en cuya falda está sentado José, salan sobre el asiento al dar un barquinazo el ómnibus y, mirándose, vuelven a sonreír. La situación es grotesca, sobre todo por la soemne compostura que ambos traen de guardar.

El ómnibus se pierde en el fondo de la carretera. Hay algo de melancólico en el paisaje. En primer término, las ramas deshojadas de un árbol. De entre ellas, cadenciosamente, un pájaro alza vuelo.

Sobre eso se hace DISOLVENCIA a:

Un coche de plaza cruza una esquina céntrica de la ciudad de Córdoba. La cámara panoramiza siguiendo el movimiento. Es un día domingo. Son las horas primeras de la fiesta. En general se ven pocos transeúntes. Pasan algunos vehículos.

DISOLVENCIA a:

El mismo coche, pero ahora por otra calle.

Dentro del coche: Los Britos y su hijo. Observan con admiración la ciudad.

El cochero en el pescante.

DISOLVENCIA a:

El coche esta vez, a raviesa un barrio residencial. Todo en torno respira solidez.

El matrimonio. Observan con mayor atención lo que se va descubriendo ante sus ojos.

La cámara en movimiento, desde el punto de vista que se supone es el de los Britos, ve: Sucesión de residencias, lujosas y señoriales.

Desde atrás: El cochero, en el pescante, Dándose vuelta a medias, dice:

Britos y su mujer, con los ojos muy abiertos asienten con la cabeza varias veces.

El cochero, ahora de frente. Pasado un momento, con la suficiencia propia del oficio, agrega, no sin ironía.

El matrimonio no comprende. La mujer interroga con la mirada a su marido mientras que éste, dirigiéndose al cochero, dice:

Desde atrás: El cochero, vuelto a medias, responde con énfasis.

Saliendo del barrio residencial, el coche sigue su camino.

DISOLVENCIA a:

El coche por una calle fuera del radio céntrico de la ciudad.

Dentro del coche: Britos. Lleva sobre sus rodillas a José, que lo mira sonriente. Britos le acaricia a cabeza. Luego, mirando hacia donde está su mujer, dice:

El ruido del motor del ómnibus, cretendo al pasar cerca de la cámara.

El ruido del motor, intenso.

El ruido del motor y el cambio de marcha.

El ruido del motor, fuerte, que se va debilitando hasta desaparecer, para quedar, al final de la toma, un silencio total, solamente interrumpido, después, por el característico batir de alas.

El ruido de los cascos del caballo golpeando en el asfalto que se acerca al pasar el coche y en a la cámara. Bocinas aisladas que se escuchan rítmicamente.

Los cascos del caballo.

Los cascos del caballo.

Los cascos del caballo, con más fuerza.

COCHERO. — Lindo, ¿no?

COCHERO. — Aquí viven los señoritos.

BRITOS. — ¿Los señoritos...?

COCHERO. ¡Sí...!, la gente rica, ¿entiende?

El ruido de los cascos del caballo, disminuyendo su intensidad al final.

Los cascos del caballo.

BRITOS. — Ya vas a ver, Ana... Ya vas a ver cómo Anselmo nos ayuda en todo. (Pausa). La última vez me dijo que estaba mejor que nunca. La cosa es que vengás, me dijo. (Pausa). Y creeme que Anselmo siempre sabe lo que dice... (Pausa). R pensó en esto, Ana: muchos son los que se fueron de Almafuerte... ¿Por qué creés que ninguno volvió?

CONTINUA PAG. 23

Se queda mirándola fijamente.

Ana más atenta a sus propios pensamientos que a las palabras de su marido, sin mirarlo, asiente mecánicamente. Por último, girando apenas la cabeza hacia afuera, con hondo escepticismo responde:

Britos, ligeramente desagrado, queda pensativo. Lo interrumpe la voz del cochero, que está fuera de cuadro.

El cochero, convencional, dice.  
Sin agregar nada continúa dirigiendo la marcha del caballo.

Britos, durante un momento, se queda esperando que el cochero agregue algo más. Al cabo, animándose, con aire servil ante el respeto que le inspira el cochero, comenta.

La voz del cochero, indiferente, responde.

El cochero conduciendo.

Britos. Cobrando mayor confianza. Aunque sin mirarla, dirigiéndose más a su mujer que al cochero, dice.

Desde atrás: El cochero. Gira un poco la cabeza; dubitativo, responde.

Britos echa una fugaz ojeada a su mujer tratando de esabecer qué efecto han causado en ella las palabras del cochero. De inmediato, esperando en convencer no sólo a su mujer sino también al cochero, en alta voz insiste.

El cochero, enarcando las cejas, con seguridad responde.

Britos no sabe qué responder a las palabras del cochero. Esas advertencias, echan afuera, lo sacuden con dureza. Un tanto apabullado, se echa sobre el respaldo del asiento. Sin querer, su mirada tropieza con la de Ana que ha seguido en silencio las alternativas del diálogo. En el rostro de la mujer campea una expresión en la que se mezclan la fatiga, el reproche y la tristeza.

Han pasado los días. Una lluvia fina, persistente, cae sobre las canteras vacías.

Un grupo de areneros inactivos está en el galpón de las herramientas. Parados, a través de la puerta abierta, observan la lluvia. Un arenero, sin dejar de mirar hacia afuera, comenta.

Otro, que también sigue observando, añade.

El primero, siguiendo el curso de sus pensamientos, pre-  
via pausa, continúa.

Contreras, que se pite junto a la ventana contempla la lluvia al ser irse aludido, gira la cabeza y hace un movimiento, confirmando a través de su propio recuerdo las palabras del arenero.

Los areneros frente a la puerta. Se hace un breve silencio. Un arenero, tratando de disimular un poco la tensión del mal momento que pesa sobre ellos, en son de broma, dice:

Britos presta atención.

El arenero agrega.

Contreras, al oír lo de las herramientas de Britos, vuelve el rostro e, inexplicablemente, en sus ojos, por un instante, se enciende la codicia; pero enseguida ensaya una sonrisa tratando de disimular.

Britos se queda sin saber qué decir.

El arenero continúa.

Los areneros que lo rodean sonríen.

Britos también sonríe, un poco avergonzado, sin saber por qué. Don Vera, que está a su lado, también sonríe, pero con cierta amargura.

Con fuerza el ruido de los cascos del caballo, como si marcaran el ritmo de los pensamientos de Ana.

ANA. — No sé, Pastor... No sé...

VOZ COCHERO. — ¿Ustedes son del norte?

BRITOS. — No. Nosotros somos de Almaguero. Mi mujer también es de Almaguero.

COCHERO. — Ah...

Se intensifica el ruido de los cascos del caballo.

BRITOS. — Qué ciudad grande, ¿no?

VOZ COCHERO. — Bastante.

Los cascos del caballo.

BRITOS. — ¿En la ciudad se vive bien, no?

COCHERO. — Y... depende... unos viven bien. Otros viven mal.

BRITOS. — A mí me parece que acá debe ser fácil ganar dinero. (Se echa un poco hacia adelante. Agrega). Fijese, yo conozco a uno que también se vino de Almaguero y en menos de dos años ganó más plata que en toda su vida.

COCHERO. — Yo creo que lo han informado mal. (Pausa breve). Acá es como en todas partes. (Pausa breve). Para los que están /es/ e hace tiempo puede ser... y siempre que anden con suerte. (Pausa). Pero para el que recién comienza, es duro. (Pausa). Pero, es claro, como le dije, todo depende...

El ruido de los cascos del caballo, fuertemente, durante esta toma.

ARENERO I. — Ya va para una semana...

ARENERO II. — Y ni miras de aflojar...

ARENERO I. — Sí... Y dicen que las canteras de La Robera están inundadas. Parece que hay mucha gente que se ha quedado sin techo y sin trabajo...

ARENERO II. — ¡También! ¡El año viene cargando como nunca! Contreras, que anduvo por allá, vio cómo el agua se tragó el rancho, como si nada.

ARENERO III. — ¿Y? ¿Qué decís vos, Pastor?

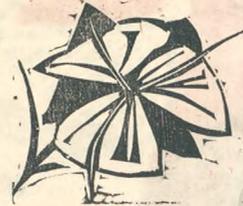
ARENERO III. — ¡Justo ahora que te habías comprado las herramientas, se larga el agua!

ARENERO III. — Seguro que estás "enstado", ¿eh? (Pausa. Sonríe). ¿Sabes? Creo que habría que darle un "capo ón". (Dirigiéndose ahora al resto de los areneros). ¿Eh? ¿Qué les parece? Pero livianito, así como para sacudirle la "yeta".

C. en Orden (Continuación)

—"Vea Ud. en lo que terminan estas cosas. Habría que acabar con los opositores temerarios que en vez de ayudar al país, entorpecen su marcha con cualquier justificativo: "Universidad para el pueblo"... ¡me hace gracia! Ese es asunto viejo. Ninguna novedad. Y sin embargo, hasta ahora, el pueblo, es decir, la masa, no ha pisado la Universidad...". Y después de hablar lo miró a él, a ese hombre que se llamaba doctor López, tal y como lo miraba siempre, haciéndole sentir un mando tácito sobre sus actos.

El trabajó como nunca y como siempre; recibió dinero, lo guardó, lo llevó a su madre, pensó en el policía. Recordó a Alberto, miró los carteles, la calle empapelada, la radio vociferando amenazas. Sintió un escalofrío: la estridencia del teléfono le golpeó la frente como si se tratara de algo tangible y pesado... No podía atender. El teléfono siguió sonando.



Arenas Al Viento (Continuación)

El grupo de areneros. El momento de alegría, que ha sido breve y forzado, desaparece. La realidad de la situación cada momento más difícil, pesa ahora con más intensidad sobre ellos. Se oye ulular el viento. La lluvia, arreciando, golpea en el techo de chapas de zinc. En la semipenumbra, algunos rostros, endurecidos y barbudos, se alzan hacia arriba. En los labios apretados, en los ojos fijos, se exterioriza un sentimiento de impotente cólera. Cuando el silencio se hace más tenso que nunca, uno de los areneros, con voz ronca y angustiada, dice.

Pedro asiente moviendo la cabeza, como un muñeco.

El otro continúa.

Pedro hace el mismo juego.

El otro.

Pedro repite el movimiento anterior.

NOTA. — Para el lector no habituado a la lectura de guiones o libros cinematográficos, a continuación damos el significado de algunos términos técnicos utilizados en la redacción de los fragmentos de ARENAS EN EL VIENTO.

CUADRO: Espacio que abarca el lente de la cámara en el momento de la filmación y que luego, naturalmente, será el de la proyección.

DISLVENCIA: Una imagen desaparece mientras otra la va sustituyendo hasta reemplazarla totalmente. Se utiliza para indicar breve transcurso de tiempo o para acortar acciones que de otra manera resultarían muy largas, innecesariamente.

"Yo soy/ el que en la última/ hora del sistema/, busca el paralelo exacto, Y más adelante: "solo/ des-  
tejiendo recuerdos/ que clausuran el alma/ voy." Ya en los dos primeros poemas de su "ANTOLOGIA INEDITA", que juntos a otros, fechados en 1949, forman "Los Poemas Perdidos", L. F. Funes se nos muestra como un poeta en toda su dimensión - que a en evidencia un preciso manejo del idioma, pero encontramos en ellos al hombre que busca, sin fuerzas solo, desorientado. Seguramente - Funes estará conciente de ello - fué esta angustiosa situación suya la que abrió las puertas a las influencias que, si esfuerzo, se descubren en las primeras partes del libro, influencias que no van en desmedro del poeta, sino que hablan elocuentemente de una falta de impulso creador en el individuo que no ha integrado todavía su personalidad, y que no puede, por lo tanto, sustentar su producción en una temática valedera.

... Pero el libro continúa: los poemas trasuntan un camino de ubicación; una auténtica fuerza combativa vibra en «Un Canto a España», adquiere toda su potencia en «Junto a Las Duras Piedras» (1952) y alcanza la madurez necesaria en «Canto a La Paz» (1953) donde consustanciándose con el lenguaje mismo del poeta, erige un todo indivisible y definitivo: Fernando Funes se ha convertido en poeta que toma en toda su magnitud el latido de su pueblo y militante, lucha junto a él con su canto - severo, emotivo, preciso.

Alcides Baldovin

# VISITE CORDOBA



**Dirección Provincial de Turismo**

# V

9 de Julio 165

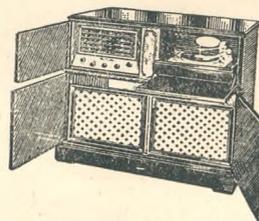
t. e. 26096 - 7 - 8  
(16 internos)

## értice musical

s.r.l. cap. \$ 1.500.000.-

Secc. HOGAR - 9 DE JULIO 79

## Realismo de Presencia Física



Combinado "G. MARCONI"  
Mod. CP - 176

Combinado

**G. MARCONI**

- BACH  
LLC 17782 Los conciertos brande burgueses Nº. 2, 4 y 5  
KARL MUNCHINGER (c/Orq.)
- BEETHOVEN  
LPC 11874 Sonatas para violín Nº. 8 en Sol mayor y Nº. 9 en La  
mayor YEHUDI MENUHIN-LOUIS KENTNER
- LPC 11796 Concierto Nº. 4 en Sol mayor  
CLAUDIO ARRAU, piano, ALCEO GALLIERA, (Orq.)
- BRAHMS  
LPC 11868 Sinfonía Nº. 4 en Mi menor  
HERBERT VON KARAJAN (c/Orq.)
- 1 - PAGANINI - 2 SIBELIUS  
LPC 11855 1)-Concierto Nº. 1 en Re mayor-2) Concierto en Re menor  
YEHUDI MENUHIN, violín, acomp. (Orq.)
- SCARLATTI  
DFA 566 Sonatas para piano MARCELLE MELLER, Piano
- 1 - SAINT-SAENS - 2 TSCHAIKOWSKY  
LPC 11878 1)-Introducción y rondó caprichoso - 2) Concierto en Re  
menor.  
MICHAEL RABIN, violín, - A. GALLIERA, - (Orq.)
- TSCHAIKOWSKY  
LPC 11793 Cascanueces - Complemento: El amor por tres naranjas,  
(Prokofieff)  
NICOLAI MAIKO, - (Orq.)
- VARIOS AUTORES  
LPC 11879 Concierto en La menor (Schumann) - Variaciones sobre  
un tema rococo (Tschaiakowsky).  
SIR MALCOLM SARGENT - (Orq.)
- P 8342 "¡Gitano!" (Selección de obras famosas)  
CARMEN DRAGON - (Orq.)
- P 8351 "Italia" (Selección de temas famosas)  
CARMEN DRAGON - (Orq.)

¡Ah, claro,



es un disco  
**Odeon!**

Para las personas más exigentes esta sola  
expresión encierra el mejor comentario. Decir  
"Disco Odeón" equivale a definir todo un prestigio  
en autores, intérpretes y FIEL REGISTRO.

**Elegidas para usted**

**SI V.D. LA VE...**

**se queda con ella!**

# HELADERAS **R. C. A. VICTOR**

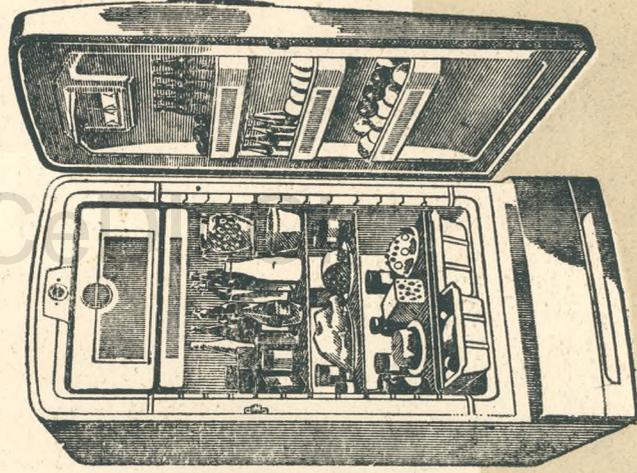
LO MAS GRANDE EN HELADERAS

EN COLORES:

- BLANCO
- CELESTE
- ROSA
- VERDE

PRODUCTO

**RCA VICTOR**  
INDUSTRIA ARGENTINA



AGENTES  
EXCLUSIVOS

9 de Julio 165  
t. e. 26096-7-8  
(16 internos)



**értice  
musical**

s.r.l. cap. 1.500.000.-

Secc. HOGAR - 9 DE JULIO 79

HELADERA RCA Victor modelo HE-10

**CONSULTE PLANES DE VENTA - RESERVE LA SUYA CON ANTICIPACION**